

Miguel Ángel Adame Cerón

El Dios de Slavoj Žižek

EN EL DOLOR de Dios (2014), el crítico Slavoj Žižek plantea que la cuestión religiosa y de Dios está llena de sutilezas filosóficas-teológicas. En primer lugar, en la confrontación entre el "Supremo" y el "ínfimo" vistos como el "Bien" y el "mal", el primero domina al segundo, y así se comporta como la fórmula del dinero cuando lo divino usa a lo secular para legitimarse con un plus de "divinidad"; aunque pareciera que es la religión la que legitima los intereses "más bajos" de las relaciones de dominio. Desde esta perspectiva, la religión maneja los hilos en secreto, es "el poder oculto que permite y moviliza el Mal para obtener un Bien mayor". Lo sagrado-religioso presentándose como "el Bien", es el que inventó, legitimó y se benefició de lo profano presentándolo como faceta de "el Mal". Es



la "Totalidad omnicompreensiva suprema" (sagrada-religiosa) la que permite la baja del Mal.

En segundo lugar, señala Žižek, está la idea hegeliana de un Mal que se diferencia de sí exteriorizándose en una figura trascendente del Bien. "Lejos de abarcar al Mal como un momento subordinado, la diferencia entre el Bien y el Mal es inherente al Mal, el bien no es más que un Mal universalizado, y el Mal es la unidad de sí mismo y del Bien."

Las categorías sagrado-religioso-santo-numinoso y sus contrapartes profano-secular-maleficio-diabólico, se autocontienen legitimándose: subordinan teóricamente y prácticamente las actividades e imaginarios vitales y auténticos de los humanos.

Žižek distingue tres concepciones de Dios: la primera, un Dios soberano frente a los humanos vulgares, con éstos reducidos a la condición de puros objetos, la humillación absoluta (amo-esclavo). La segunda se plantea a Dios como finito y luego esa limitación se refleja en Dios mismo como si fuera un acto de libertad. La tercera concibe a un Dios que es vida sufriente en solidaridad con la miseria humana, y que puede ayudarnos/salvarnos, porque el exceso de ese sufrimiento comparado con la medida humana lo hace divino.

En cuarto lugar, Žižek menciona que se han concebido teo-filosóficamente tres formas de presencia de Dios en el mundo: en el universo creado, que refleja directamente la gloria del creador, la presencia del creador no directamente en el mundo sino a través de sus huellas y su intervención a través de la distribución contingente de su gracia. Sin embargo, según Hegel, para el cristianismo Dios se mira desde la distorsionada perspectiva humana. Esto enlaza con la idea mística de que el ojo con que se ve a Dios es el ojo con el que Dios se ve a sí mismo. Pero no sólo Dios es capaz de verse a sí mismo sino que es capaz de exteriorizarse en relación consigo mismo y, por tanto, es capaz de auto-alienarse.

En quinto lugar, las teo-filosofías con las que Žižek ironiza desde la pers-

pectiva de un ateísmo lacaniano crítico tanto del religioso como del ateo modernos, son interesantes pero insuficientes para comprender tanto la existencia de Dios como su no-existencia. Desde la visión de Žižek, el fundamentalista religioso se ampara en el apotegma "si Dios existe entonces todo está permitido", mientras el ateo moderno en "si Dios no existe entonces todo está permitido", ambos dominados en su inconsciente por prohibiciones. Principalmente, el ateo moderno/postmoderno, que "se muestra como un hedonista tolerante dedicado a la búsqueda de la felicidad, pero cuyo inconsciente es la sede de las prohibiciones: lo reprimido no son deseos o placeres ilícitos, sino las propias prohibiciones [...] que sabotean su goce". Dichas teo-filosofías no dan cuenta de las autoprohibiciones en el inconsciente y proyectan autoalienaciones divinas y humanas, sin encontrar el meollo de la sublimación religiosa y fallando en la felicidad personal/social. No se trata sólo de creencias y actuaciones conscientes que el ser humano despliega respecto a la existencia de Dios, sino que los individuos creen en ellos y actúan en consecuencia. ¿Hay que aceptar nuestra finitud y dejar que las filigranas metafísicas y teológicas del Inconsciente asuman esa verdad y realidad?

Žižek es crítico con los teo-filosofos y hasta con Marx, pero no se comporta de la misma forma con el psicoanálisis freudiano-lacaniano, incapaz e insuficiente de dar cuenta de las alienaciones históricas y capitalistas positivas y negativas del ser humano y su corporeidad, y por consiguiente para explicar la alienación y la autoalienación específicamente sagrada-religiosa. Los proyectos humanos quedan depositados en lo Otro omnipresente y ultramundano; su consciente y su inconsciente, su cerebro y su mente, su imaginario y su orden simbólico quedan imbuidos de ese extralimitamiento. Žižek sólo bordea las sutilezas metafísicas y teológicas de Dios y del Inconsciente, pero no aborda el holograma de las alienaciones y su fractal capitalista supremo.



Luis Tovar

@luis_tovar

De premios y discursos

A ESTE JUNTAPALABRAS -y, claro, a los premiados- le dio mucho gusto haber coincidido mayoritariamente, y en las principales categorías, con lo que sucedió el pasado 28 de mayo en el Auditorio Nacional, cuando la Academia Mexicana de Artes y Ciencias Cinematográficas (AMACC) entregó por quincuagésima octava ocasión el Ariel. Los elegidos ganaron mejor película, dirección, guión original, fotografía y revelación femenina para Nancy Talamantes y, dirían los clásicos, con ello se convirtió en la gran triunfadora de la noche. Por su parte, a Gloria no le fue nada mal con sus cinco Arieles, que fueron para mejores actriz y actor -Sofía Espinoza y Marco Pérez-, edición, sonido y maquillaje. En contraparte, las grandes perdedoras fueron La delgada línea amarilla, con las manos vacías, y 600 millos, que de trece posibles sólo ganó ópera prima y coactuación masculina

para Noé Hernández, gracias a que la Academia no sobrevoló este filme regularizado como lo hizo Mío de uno.

Incluso Mexican gangster, la leyenda del charro misterioso puede sonreír con sus cuatro Arieles a vestuario, diseño de arte y efectos visuales y especiales, y uno puede hacer lo propio en virtud de que ese petardo sobrenominado de título El Jeremías sólo tuvo un premio producto de la sensibilidad -a revelación masculina para el niño Martín Castro-; de que esa cosa llamada Yo al final fue dignamente ignorada; de que Laura Santullo se llevó un muy merecido premio por el guión adaptado de Un monstruo de mil cabezas; y de que Roberto Fiesco vivió lo propio por su estupendo cortometraje de ficción Trémulo.

APUNTES PARA COMBATIR LETARGOS

Como es bien sabido, y para seguir con las fórmulas clásicas, la noche se la robó Paul Leduc, galardonado con uno de los Arieles de Oro a trayectoria -el otro fue para la inolvidable Rosita Quintana- por el discurso claro, duro y a la cabeza que tuvo a bien sorrajarle a la concurrencia, incluido el secretario federal de Cultura Rafael Tovar y de Teresa, ahí presente, que abrió la ceremonia con el consabido e injustificado optimismo oficial respecto del cine en México. Las cifras y la problemática expuesta por Leduc en su alocución, publicada en estas páginas el domingo pasado, fue también transmitida vía un Canal Once que, dicen, fungió como censorador.

Quien haya leído antes esta columna sabe que dichos problemas y cifras suelen ser abundados aquí; la fortuna es haber contado con alguien que supo y quiso aprovechar el momento mediático para decir todo lo que es preciso seguir diciendo, y en vez de festinar que hoy se producen tantas o más películas que en la mejor época de nuestro cine -cuantitativamente hablando al menos-, se ponga remedio a la muy nociva diferencia entre

lo generado y lo exhibido y, más aún, lo efectivamente visto por un porcentaje menos que ínfimo de la población; diferencia que apabulla y es reflejo inequívoco de la realidad metacinemática: en tanto sociedad nos conocemos muy poco, no queremos hacerlo y, cuando algo nos muestra lo que somos y de qué manera, preferimos negarlo activa o pasivamente, y este último método consiste -hablando de cine- en volver invisible todo filme susceptible de ser una piedra en el zapato de las buenas conciencias que, para serlo, precisan de la evasión: que no vengan a ensillarles los feos, los traidores, los corruptos, los indolentes, los indiferentes, los criminales, los apáticos, lo crueles, los sanguinarios, los mendaces, lo horrible que somos porque, dicen, para eso basta con salir a la calle y no va uno al cine, dice Buenaconciencia, a tomar clases de nada ni a que lo depriman o lo resalten.

Lo anterior, digase así, de pontillo para afuera, y de pantalla para adentro añádanse la pose del exquisito y la triste gallardía de la ignorancia: lo primero a cargo de los ausentes y los ninguneadores, que hablan del cine en general y del Ariel en particular como si juntarse la pose del exquisito fuera a pegar los piojos, contribuyendo con la mediocridad de su desinterés a una pauperización que más tarde van a deplorar; y lo segundo a cargo de esos aspirantes a cineasta dirisales esquizofrénicos, que lo ignoran prácticamente todo de ese medio -pasado y presente- del que dicen querer ser parte y, para decirlo parafraseando un viejo refrán, como no conocen a Dios a cualquier barbon se le hincan.

Más allá de todo lo cual, y con la experiencia de un par de décadas siendo testigo y en cierta forma parte del fenómeno cinematográfico mexicano, cabe felicitar a la AMACC por estos primeros pasos que comienzan a sacarla de un letargo de pasividad y de bajo nivel de interacción que no le convenía a nadie.



Paul Leduc

GALERÍA

CINEXCUSAS